

Complacencia en favor del herido, por ser mozo de un potentado, quedaron chasqueados y corridos ante aquel noble rasgo, y guardaron el más riguroso silencio, no pudiendo hablar ni mal ni bien del odiado antagonista. ¡ Así es como los grandes caracteres acaban por darse á conocer y á respetar en la sociedad donde florecen !



XV.

**E**NTRETANTO, determinose don Miguel, cediendo á las indicaciones de Jaramillo y de Méndez, á apelar á los recursos judiciales. Sentía Díaz gran repugnancia hacia los pleitos, sin saber por qué. A fuer de buen ranchero, veía en ellos algo obscuro, desconocido y enmarañado, que le infundía espanto y hacía que se le pusieran los pelos de punta. No tenía idea de lo que fuesen las contiendas jurídicas, ni le pasaba por las mientes el modo de seguir los juicios; ni se imaginaba cómo se compaginaría un expediente. Los fallos eran para su limitada inteligencia misteriosas decisiones, no sujetas á regla, omnipotentes, capaces de mudar el color de la piel de los litigantes. Inspirábanle los jueces, actuarios y escribientes



pueril respeto. Siempre que encontraba al paso alguno de esos personajes, rendíale el tributo de su más alta consideración, queriendo grangearse su amistad á todo trance para desarmarle é impedir que le hiciera daño; pues creía que la gente de Curia podía perjudicar hasta con la vista, como los *jettatori*. Llevaba tan lejos su preocupación, que el papel, la pluma y la tinta le infundían terror supersticioso; frecuentemente se le oía decir que les tenía más miedo á las plumas que á las espadas, y que preferiría caer de cabeza en un pozo, á tener algo que ver con los tinteros.

Por esta razón habíase resistido obstinadamente á entrar en el litigio con don Pedro Ruiz, á pesar de la ciega confianza que le inspiraba Jaramillo; pues creía más llano y fácil hacerles justicia por su propia mano que apelar á una demanda en toda regla. A obrar según su propio dictamen, habría levantado un ejército en el Chopo, y caído sobre la guarnición del Monte de los Pericos llevándolo todo á sangre y fuego; pero ni don Santiago ni Jaramillo se lo habían permitido, haciéndole ver que con medidas de esa naturaleza, echaría á perder su cau-

sa, y comprometería inútilmente al buen amigo que tenía en la mano las riendas del gobierno del pueblo.

—¿Qué remedio tiene, pues, la situación, con mil diantres? decía rugiendo como fiera enjaulada.

—Es muy sencillo, replicábale sus valedores y amigos: seguir el camino que marca la ley, ocurriendo á los tribunales en demanda de justicia.

—Les tengo más miedo á los *fueces* (no podía decir jueces) que á los toros puntales.

—No tiene Ud. razón, respondióle Jaramillo, porque no son tan terribles como Ud. se lo figura, y, además, yo seré quien tenga que habérmelas con ellos.

—¿Y si perdemos por parejo?

—No tenga Ud. cuidado; yo no pierdo pleitos. Si tuviese la menor sospecha de que pudiera suceder tal cosa, á buen seguro que le aconsejara dar este paso.

—¿De modo, señor licenciado, que Ud. me asegura que ganamos?

—Se lo garantizo señor don Miguel.

—Siendo así, no hay más que meterle al negocio para que pronto concluya.

—Por supuesto que habrá que gastar al-



gún dinero en el juicio; de otra manera sería inútil emprenderlo.

—Ya lo sé, señor licenciado. Sobre eso no tiene que decirme palabra. Estoy dispuesto á gastar hasta el último centavo de mi fortuna, por tal de que mi compadre no se ría de mí.

—¿De suerte que me autoriza para hacer los desembolsos que crea convenientes?

—Está Ud. autorizado para hacer cuantos sean necesarios.

—En ese caso todo marchará á las mil maravillas. Ya verá Ud., señor don Miguel, qué sorpresa va á llevar don Pedro.

—Señor licenciado, óigame bién: si consigue que le quitemos á mi compadre el Monte, le prometo una buena gala.

—No es para tanto... Quedaré satisfecho con servirle y con defender la justicia.

A consecuencia de esta plática, salió Jaramillo de Citala, armado del poder de don Miguel, de los títulos del Chopo, de un lio de billetes de Banco, y de buenas cartas de recomendación y crédito para la ciudad.

El licenciado no veía en la discordia de Ruiz y Díaz más que una ocasión preciosísima para ganar dinero. Era el primero en

comprender que maldita la razón que tuviera su cliente, y bien sabía que, siguiendo las cosas su camino natural, debía ser derrotado don Miguel; pero, en primer lugar, tenía sin cuidado tal desenlace, porque no se interesaba poco ni mucho por la causa de su poderdante, sino por ganar plata, y, en segundo había elaborado ya sus planes respecto á ese punto, á fin de suplir, por medio de la astucia, lo que de fortaleza jurídica le faltaba.

Había en la ciudad, entre todos los jueces rectos y probos que honraban la administración de justicia, uno de reputación dudosa, de quien se contaban por lo bajo hechos vergonzosos, no averiguados, pero admitidos por el público sin vacilación. Llamábase don Enrique Camposorio. Hijo de una familia rica, había recibido en Europa la educación primaria y secundaria. Trastornos sobrevenidos en la fortuna de su padre, obligáronle á regresar, próximo á la edad de veinte años, y se había dedicado al estudio de la jurisprudencia para poder ganarse la vida. Como no era inteligente ni aplicado, hizo una carrera poco lucida, obteniendo calificaciones ínfimas en sus exá-



menes, pero pasando siempre adelante, hasta que el día menos pensado se encontró con el título de abogado, que le confirió por mayoría de votos el jurado respectivo. Nada le importó á Camposorio lo de la mayoría. Los estudios, y mucho más los hechos en la República, inspirábanle inmenso desdén, no veía en la profesión de abogado sino un *modus vivendi*, á manera de la carpintería ó la sastrería, según decía riendo.

No trajo don Enrique de allende el Océano conocimientos sobresalientes, ni maneras distinguidas, ni hábito de trabajar, ni cosa alguna de las que se aprecian en toda sociedad bien ordenada; sino superficiales nociones sobre muchas cosas, modales audaces é inpertinentes y, sobre todo, un afán de placeres nunca disimulado ni satisfecho.

Lo más lamentable de todo fué que, en el naufragio de sus principios, no se salvaron ni el respeto á sus padres, ni el amor á la patria: todo fué devorado por el abismo. Halló á su padre muy avanzado en años, achacoso y cansado del mundo. Su madre, piadosísima señora, pasaba los días en las iglesias oyendo misas, y rezando rosarios

y novenas. Enrique no sentía compasión por su anciano padre, ni temía en nada á su madre; amargábales todos los instantes con sus altercados, exigencias y disipaciones. Cuanto había quedado en la familia después del fracaso de los negocios: muebles preciosos y joyas; fue lo malgastando en placeres y calaveradas, sin ponerse á considerar que iba haciendo todos los días más triste y penosa la pobreza de su casa. Mas era imposible para sus padres corregirle ó moderar sus ímpetus, porque no era sumiso, ni cariñoso, ni agradecido; sino antes desobediente é insensible. Apenas llegaba á sus oídos alguna reconvención ó tímido consejo, montaba en cólera, vociferaba con inpertinencia y amenazaba con irse de la tierra abandonándola para siempre; ó bien con levantarse la tapa de los sesos, porque aquella vida tan ruín y desventurada, era insoportable para él. Temerosos los ancianos de que su rigor ocasionase una desgracia irreparable, y alentados por la esperanza de reconquistar el afecto de su hijo, habían acabado por doblar la cabeza y por someterse á su despotismo; de suerte que el mozo era quien mandaba en



su casa, y ellos quienes se affigían, rogaban y apelaban á la prudencia. Enrique, pues, no hacía aprecio de sus clases; jugaba, bebía, trasnochaba y hacía cuanto le daba la gana, sin el menor asomo de disimulo ni respeto al bien parecer. Débiles fueron los ancianos al resignar su autoridad en las manos desatentadas del joven; pero eran respetables hasta en esto, porque su debilidad no provenía de la cobardía del corazón, sino de la compasión que les inspiraba su ingrato hijo. Estaban persuadidos de que si obraban con rigor, acabarían el mancebo por poner mano airada en sus canas, ó por entregarse totalmente al desenfreno, abandonando la carrera y sentando plaza de vago. Y, en efecto, merced á su prudencia, y á pesar de tan calamitoso modo de vivir como tenía Enrique, realizose el prodigio de que el mal estudiante viese coronados su ignorancia y su menosprecio al estudio, con el título de licenciado en leyes, para defensa de ellas y de la justicia.

Uno de los rasgos distintivos de aquel europeo nostálgico, era el profundo desprecio con que veía á su patria y todo lo que en ella alentaba ó se movía. Para él no ha-

bía más que París, la encantadora capital de Francia, foco resplandeciente de la civilización, centro encantado de delicias. Saliendo de París, nada valía nada; ni Londres, la ciudad negra, estirada y confusa; ni San Petersburgo, ridícula parodia de la capital francesa; ni Berlín, ni Viena, ni Roma, ni Nueva York, ni emporio alguno de la moderna cultura. Por lo que hace á México, era á sus ojos un país bárbaro y atrasado, donde no se podía vivir. Sólo risa le merecían todas nuestras cosas. Comedia de Offenbach antojábasele nuestro gobierno; tierra africana nuestro suelo; sociedad de cafres nuestra población. En los caminos, renegaba de las piedras, charcos y baches que encontraba; de la mala construcción de las vías férreas y de la atroz calidad de los trenes y locomotoras. En las ciudades, se mofaba de los edificios públicos; hacía chascarrillos sobre las habitaciones de los particulares; se desternillaba de risa en los teatros y paseos, tildándolos de cursis. No valía, en su concepto, la pena de gastar aquí ni un duro, porque en este país no se tenía la menor idea de lo que eran no sólo el lujo y el arte, pero ni aun



siquiera el *confort*. Lamentaba haber nacido mexicano, y vociferaba que el día menos pensado cambiaría de nacionalidad, adoptando cualquiera otra, aun cuando fuese la turca [sin duda por su amor á las turcas], porque México era el último país del mundo.

Por de contado que cuanto decía eran sandeces, absurdos ó maldades, que hubieran debido sublevar la indignación de los que le rodeaban; desgraciadamente no sucedía así, pues, aunque pareciera inverosímil, encontraba no sólo tolerancia en su auditorio, sino regocijada atención é insensato aplauso. Explotando, sin saberlo, la rica veta de la estupidez general, que juzga de espíritu superior á todo el que se ríe de los demás y los persigue con el azote de su ironía, logró adquirir reputación de ingenioso, talentado y cultísimo. Sus dichos, aprendidos de memoria, pasaban de boca en boca, coreados por risas imbéciles, y llegó á ser titulado hombre de *bons mots*, cuando no debió adquirir más notoriedad que la de la impertinencia y la estulticia.

Pronto fallecieron sus padres, doblegados más que por los achaques, por las pe-

sadumbres que les daba. Y bien hicieron en salir de la dificultad por esa ancha puerta, por donde, á la vez, se pasa de este mundo al otro; porque el trance en que se hallaban no tenía más salida que esa. Poco se le dió á don Enrique de aquella inmensa pérdida; antes sintiose más libre para hacer lo que le viniese en antojo, sin oír quejas, recriminaciones ni llantos. Incapaz de ganarse una fortuna por medio del trabajo, propúsose casarse con alguna rica heredera, de las muchas que en la capital había; y no tardó en hacer su elección poniendo los ojos en una joven fea, pero buena, huérfana y dueña de un caudal considerable.

Aquella infeliz había sido objeto de pocos galanteos, pues en la capital no había por aquel entonces traficantes de amor, de los que hoy se estilan, y los jóvenes se casaban por inclinación y no por cálculo; así es que, á causa de sus pocos atractivos, había tenido escasos aficionados, y los que la habían dicho su atrevido pensamiento, habían sido gente de poca importancia, insignificante y dejada de la mano de Dios. Fácilmente se comprenderá, dados estos antecedentes, que las pretensiones de Camposorio hayan he-



cho tremendo estrago en aquel corazón sensible y solitario, acostumbrado á llorar propias desdichas y ajenos triunfos, en medio de la obscuridad y del olvido. Puso ella en estos amores toda la fuerza de su vida, todo el vigor de su alma, y no amó, sino adoró desde aquel punto y hora al afortunado aventurero; en tanto que éste se mofaba con punible desvergüenza de sus amores y de su fealdad, haciendo reír á sus compañeros á costa de ella; tan buena, y que le quería tanto! Y no tenía el perverso embarazo en proclamar en las cantinas y en las orgías, en medio de las copas y del desorden, que no iba á casarse con aquella desgraciada, sino con su capital, porque no estaba prendado de ella, sino de sus pesos.

Llegaron á oídos de la joven tales rumores, pero no quiso darles crédito, ni aun tuvo ánimo para inquirir lo que en ellos pudiese haber de verdad, temerosa de que se desvaneciese su dicha; así es que el cinismo de Camposario no tuvo tasa ni correctivo, y no hacía más el tal, que burlarse de ella y de su inocente confianza. Inútiles fueron cuantos esfuerzos hicieron los parientes próximos de la joven para hacer-

la desistir de su empeño; pronosticáronle cuanto le había de suceder; pintáronle al vivo el negro cuadro de su vida futura al lado de aquel libertino; y la conjuraron por Dios y por sus santos, á que tuviese piedad de sí misma, y no se entregase á un martirio tan horrendo como el que sería su existencia al lado de aquel hombre. Pero ella contestó que le amaba de tal modo, que todo lo sufriría por su amor, conceptuándose dichosa hasta en ser atormentada por él, pues aun la misma muerte recibiría sonriente de su mano. La fantasía poetiza la desgracia buscada, juzgándola blanda y dulce en lejana perspectiva; pero cuando llega y clava en el pecho sus agudos harpones, encuéntrasela mil veces más cruel y dura de como se la había supuesto; abátense las fuerzas del espíritu, y deplórase inútilmente haberla abrazado. Tal aconteció á la mal aconsejada doncella. Juró eterno amor ante los altares á aquel hombre fermentado que no la quería, ni se preocupaba en lo más mínimo por su dicha; y allí mismo comenzaron á correr sus lágrimas, porque no tardó el esposo en ejercer su odioso despotismo. Pasó la luna de miel en medio de la



soledad, porque el infiel esposo poco paraba en sus hogares. Llorando hallaba la mañana á la joven desposada, y así la sorprendía el crepúsculo vespertino. Comprendió bien pronto que Camposorio no le amaba; vió que se realizaba con cruel exactitud cuanto le habían prometido sus deudos; pero ¡qué remedio! Amábale ella con todo el corazón y se sentía dichosísima con verle y hablarle los breves instantes que él la consagraba. Ni aun tenía el triste consuelo de quejarse, porque montaba en cólera D. Enrique tan pronto como ella le dirigía tímidas reconvenções ó daba libre curso á sus lágrimas; y de tal suerte había acabado la víctima por dejarse imponer el bárbaro yugo, que concluyó por no soltar una queja, ni llorar delante de su esposo.

No se desentendió éste de sus proyectos financieros después de casado. Habíase enlazado con aquella mujer fea, por amor á su dinero, y tenía que disfrutarlo. Ya que ella había adquirido un esposo tan guapo y distinguido, como nunca lo hubiera soñado, fuerza era que pagase su dicha con lo único que podía comprarla, con su caudal. Porque si no lo hacía de este modo

¡qué derecho podía alegar para tenerle á su lado? Dominada por estos pensamientos bajos y miserables, dióse á derrochar la fortuna de su consorte con tanta prisa como si le pesara que la tuviese. Era bastante grande para proporcionarle vida regalada y holgazana de potentado, con sus solas rentas; pero él no era hombre para someterse á reglas, y le fastidiaba pensar que podría limitar sus dispendios. Así es que tiraba el dinero á manos llenas; de una manera estúpida, que causaba indignación á cuantos lo veían. No había vicio que no profesara. Rendía adoración fervorosa á Baco, sin desdeñar á Birján; en tanto que Venus y Cupido le traían á todas horas desvelado. Estos tres cultos eran como otras tantas compuertas levantadas á la fortuna de su esposa, para que se escurriese; y, en efecto, se fué rápidamente por ellas, dejando en seco los cofres y cajas fuertes antes bien henchidos. La mísera esposa, por conquistar un momento de paz ó algún halago fugitivo, dábale cuanto le pedía, firmábale todos los documentos que le presentaba, y se contentaba con pedir al Todopoderoso remediase aquella situación, ya que á ella le



era imposible remediarla. Apenas obtenido el dinero, lanzábase Camposorio á los centros del vicio donde le esperaban sus cómplices, y presto le derrochaba en banquetes, apuestas y bajas tenoriles conquistas. Habríale durado algún tiempo la riqueza, si al menos no hubiera jugado; pero era tahir rabiosísimo, que no hallaba atmósfera respirable sino en los garitos. Allí dejaba los miles de pesos un día y otro con gran regocijo de los demás tahures, de quien era solicitado y adulado por su estúpida prodigalidad. Hacía gala de no afectarse por sus enormes pérdidas; y, en efecto, cuando se presentaba la carta adversa y veía desaparecer los montones de dinero que tenía delante, para ir á recrear el corazón de otros más afortunados, no se observaba una sola contracción en su rostro; no se ponía pálido, ni parecía sentir emoción alguna. Tal circunstancia le dió gran celebridad en los garitos, donde se hablaba mucho de su admirable sangre fría y de su caballerosidad en el juego. No faltaba chusco que se mofara de ellas, diciendo que provenían de que jugaba lo que no era suyo; pero la generalidad le admiraba, y él, halagado por fama tan ruín, se tornaba día

día más estoico ante los azares del tapete verde, como si el dinero no se acabase, ó como si fuese una cosa detestable, cuya fuga debiese causar complacencia.

Cuando la fortuna comenzó á decaer de un modo alarmante, sacó la esposa fuerzas de flaqueza, pensando en el porvenir de sus hijos, y no fué ya tan sumisa para darle dinero, y se negaba de vez en cuando á suscribir algunos documentos. ¡Nunca lo hubiera hecho! Entonces comenzaron para ella las penas mayores, las terribles y afrentosas, porque él no se paraba en medios para hurtarle el bolsillo, y era tan miserable, que le decía en su propia cara que era fea, que se había casado con ella sólo por su dinero, y que necesitaba sus doblones para conquistarse el amor de mujeres hermosas, que le consolasen de su unión con ella. Lloraba sin consuelo la pobre mujer, y tenía la debilidad de hacer cuanto él le pedía, después de altercados largos y vergonzosos; y cuando no cedía á las amenazas, tenía que ceder á la violencia, porque aquel infame levantaba sobre ella la mano, y solía dejarla maltrecha y llena de contusiones.

Sucedió al fin, lo que tenía que suceder.